

narse de pronto sus recuerdos.—¡Ahora ya me acuerdo! Vos fuisteis quien me dió una vez un arcax todo dorado, y además un arco, y además flechas... Aún lo tengo todo en mi casa... ¿Por qué no habeis vuelto desde que estamos en Jouvigny?

El marqués se quedó silencioso.

—¡Lorenzo!—dijo con tono severo la señorita Sofía, que había terminado el zurzido del guante y se le devolvía á su dueño.—Estás abusando .. y fastidias á M. de Rosieres. Ea, ven, que ya es hora de marchar.

—Un momento más—exclamó el marqués, reteniendo al niño.—¿Por qué marchar tan pronto? No solo no me cansa, sino que me complazco extraordinariamente en verle... Desearía que al menos este encuentro pudiera servirle de algo... ¿Qué podría yo hacer por él? Hablad, Sofía; no teneis más que decirme una palabra.

—Gracias, señor marqués,—contestó secamente la señorita Husson:—el niño por ahora no necesita nada.

—Bien sabeis—prosiguió el marqués con insistencia—cuánto hubiera deseado encargarme de su educación.

—Imposible!—dijo ella suspirando y volviendo á otro lado la cabeza;—el interés que pudiérais mostrar en favor suyo, sólo serviría para perjudicarnos á él y á mí.

—¡Siempre sereis la misma, Sofía!... orgullosa y obstinada.

—Hago lo que debo, y me coloco en el lugar que me corresponde.

El niño escuchaba sin comprender, y les miraba alternativamente con aire embobado. M. de Rosieres le tomó de pronto en sus brazos, le besó con fuerza, y luego dió un suspiro de melancólica resignación, y se levantó diciéndole:

—De todos modos, acuérdate, niño, de tu padrino, y si algún día te enojas aquí, óyelo bien, te vas á buscarme... Ya sabes... M. de Rosieres, en las Isletas... ¿te acordarás bien de esto?

—¡Oh! ¡ya lo creo!—exclamó entusiasmado Lorenzo.

Una brusca explosión de la orquesta anunciando el prelude de un nuevo número de baile, llegó hasta el vestuario; casi simultáneamente se oyó el crujir de una falda de seda, y la dama del traje botón de oro apareció en el marco de la puerta.

—Marqués—dijo con cierto tono de despecho—¿qué es eso? ¿Habeis olvidado que os estoy esperando?... Bien os decía yo que faltariamos al minué.

## II

El dia siguiente al baile, la primera que se despertó en la casa de la plaza de la Corona, fué la mayor de las señoritas Husson, la señorita Constanza.

Oíase ya el lejano canto de los gallos en los corrales de los alrededores, pero el alba no había aparecido aún en el lluvioso cielo de Febrero.

Sonó el toque de oración en la capilla de los dominicos; primero nueve golpes muy marcados, divididos en series de á tres, y enseguida una sucesión de campanadas anunciando la misa de las seis.

La vieja solterona se incorporó en su catre virginal, de madera pintada, y empezó á buscar á tientas sus prendas de vestir. Por un refinamiento de púdicas costumbres, y al mismo tiempo porque nunca está demás la economía doméstica, la señorita Constantza había contraído el hábito de vestirse á oscuras.

Una vez ataviada, y después de mascullar sus oraciones arrodillada sobre la estrecha y gastada alfombrita que se extendía á la cabecera del lecho, tomó una vieja vara de medir que tenía allí siempre al alcance de su mano y golpeó con ella tres veces seguidas en el techo que separaba su habitación de la buardilla donde se acostaba Lorenzo.

El niño, que dormía aún soñando en las magnificencias del baile de trajes, despertó sobresaltado, se restregó los ojos, se desperezó, y luego, volviéndose de otro lado, se disponía á dormirse de nuevo, cuando otros tres golpes más imperiosos le volvieron al sentimiento de la prosáica realidad.

Contestó con voz soñolienta que iba á levantarse y en efecto, se dejó caer lentamente de la cama. El frío

acabó de despertarle y, también sin luz, se puso á vestir á toda prisa.

No tenía tiempo que perder; era preciso aprender el capítulo del *que relativo*, con más una página del *Selectie* antes de las ocho, hora en que salía para el colegio.

Cuando estuvo lavado y peinado, la luz del alba empezaba á teñir con tonos grises las fachadas de la plaza. Cogió su paquete de libros, y bajando rápidamente la escalera, cuyas gradas de madera rechinaban bajo sus piés, entró en la panadería, donde se hallaba desde hacía dos horas Memmie Husson preparando la hornada.

Caldeado ya el horno, limpia de masa la artesa, colocados los panes, ligeramente espolvoreados de harina, cada cual en su respectivo canastillo redondo, ocupábase el panadero vestido con una larga camisa de muletón, en meter las hogazas en el horno, con auxilio de la larga pala de haya.

—¿Eres tú, perezoso?—dijo por toda respuesta á los *buenos días* de Lorenzo.—Parece que se te han pegado las sábanas.

A la entrada del horno ardían hojarascas y ramas delgadas de álamo que proyectaban una luz blanca y oscilante sobre el interior abovedado, donde se veían esponjarse los panes redondos simétricamente alineados.

Aquella alegre luminaria hacía pasear y bailar las

negras y recortadas sombras del panadero y del niño por la superficie de las enharinadas paredes de la pieza, por el techo, donde se veían colgadas horizontalmente palas y hurgones de hierro, y por la ventana del patio, donde empezaba á aparecer la blanca claridad del día.

Lorenzo apoyó su libro abierto al lado de la boca del horno, y se puso á aprender la lección á la luz de las brasas chispeantes.

En vano se esforzaba y quería obligar á sus ojos á seguir las sílabas latinas; su pensamiento estaba en otra parte.

A través del centelleo del horno, representábasele los variados disfraces del baile, y singularmente aquel apuesto marqués vestido de terciopelo, que le había besado con tanto entusiasmo y acariciado recordándole que era su padrino.

Los grillos, que lanzaban su cri-cri en la cálida atmósfera de la panadería, arrullaban al niño con sus notas agudas y monótonas, y le impulsaban suavemente por el plano inclinado de las ilusiones, de los desvaríos y de los recuerdos.

Revolvía su memoria y se esforzaba por rebuscar en ella las huellas de aquel misterioso padrino.

Lorenzo no había conocido á su madre, quien, según le contaron, había muerto cuando él estaba todavía amamantándose en casa de una nodriza de Beaulieu-en-Argonne. Tendría apenas tres meses, cuando su

tía Sofía fué á recogerle de poder de los campesinos que le criaban y le trajo á Juvigny, á la panadería de la plaza de la Corona, donde el Sr. Husson, después de haber enviudado, hacía vida común con sus dos hermanas las costureras.

De su permanencia en la aldea, sólo conservaba Lorenzo algunos, muy pocos, recuerdos concretos. Las reminiscencias de la primera edad no siguen un orden lógico en su encadenamiento: jamás puede uno decir cuál de las impresiones recibidas fué la primera, ni en qué momento vino á grabarse en nuestro cerebro; sin embargo, hay ciertos recuerdos que se perpetúan entre la bruma flotante de las sensaciones y se destacan claramente, como rostros amigos entre la masa de una confusa muchedumbre.

Lorenzo recordaba perfectamente una calle de Beaulieu, próxima á los linderos del bosque y desde donde se veía ondular una vasta planicie, unas veces bañada de sol, otras teñida de color azulado. Recordaba también los juguetes traídos por aquel espléndido padrino, pero ni podía reconstruir la fisonomía que el padrino tenía en aquel tiempo, ni explicarse por qué habían cesado bruscamente sus visitas.

Hubo un momento en que alzó la cabeza, y tuvo tentaciones de preguntarlo á Memmie Husson.

El tahonero, en pié delante de su artesa amasadora, se frotaba alternativamente y con gesto ceñudo los desnudos brazos, para desprender de ellos las parti-

culas de masa que se habían adherido á la piel. Flaco, extenuado, con una nariz muy larga, ojos grises, boca melancólica y barba puntiaguda terminada por una sola barbilla rubia. Memmie Husson tenía el aspecto de un payaso fúnebre. No parecía sino que, á fuerza de vivir en aquella atmósfera de la panadería, el polvo de la harina había penetrado por los poros de su epidermis y comunicado á su rostro los tonos blanquecinos algo amarillentos de la masa.

Lo poco simpática expresión de aquella cara melancólica hizo vacilar al niño, quien, además, se acordó de pronto de que la señorita Sofía le había recomendado expresamente, al salir del vestuario, que no dijera una palabra de lo ocurrido ni hablase del marqués al señor Husson ni á la tía Constanza, y esta reflexión detuvo por completo las preguntas que ya se le venían á los labios.

¿Pero á qué venía aquella recomendación y aquel misterio?

No acertaba á comprender Lorenzo por qué cuando se tiene por padrino á un marqués, y sobre todo á un marqués tan elegante y apuesto como M. de Rosieres, se ha de privar uno de hacer ostentación y gala de semejante honra. Por lo tocante á Lorenzo, sentíase en su fuero interno (por más que se acusase de ello) más inclinado á avergonzarse de la panadería de Memmie Husson que del título nobiliario de su padrino.

Criado mezquina y estrechamente por parientes avaros para consigo mismos y que economizaban sueldo á sueldo, Lorenzo había cobrado horror á la pobreza y á todas las fealdades que trae en pos de sí. Le agradaba por instinto el lujo, la buena ropa y todo lo que revela el bienestar y la riqueza; pasaba horas enteras recreando sus ojos en la contemplación de las telas de seda de que sus tías, las modistas, cortaban y confeccionaban trajes para las damas elegantes de la ciudad.

Vestido de las ropas de desecho del panadero, sufría horriblemente al verse metido en aquellas prendas deslucidas, que blanqueaban por las costuras y siempre le resultaban excesivamente largas ó extremadamente cortas.

Había en él un vago deseo, una especie de germen de distinción, que se exacerbaba doblemente ante la humillación de sus pantalones pasados de moda y de sus zapatos remendados. Cuando salía á la calle, parecíale que todas las miradas se fijaban en su diminuta persona, y que se decían unos á otros los transeúntes: «Lleva un zurcido en la chaqueta.»

En tales disposiciones de ánimo, compréndese fácilmente el vivo sentimiento de orgullo y satisfacción que debió causarle el descubrimiento de aquel padrino rico y titulado.

En medio de las prosáicas vulgaridades de su vida ordinaria, la fiesta de la víspera le hacía el efecto de

un paréntesis en un país encantado, y sentía un especial deleite en recordar todas las peripecias de aquella noche: y mientras en la panadería se saturaba la atmósfera de las odoríferas emanaciones del pan caliente y los grillos proseguían su monótono canto, Lorenzo, con los ojos medio cerrados, se forjaba castillos en el aire, dorados y resplandecientes como las llamaradas del horno.

¿Quién era capaz de prever las sorpresas que le reservaba aquel encuentro? Tal vez el día menos pensado vendría su padrino á buscarle en una magnífica carretela tirada por soberbios caballos y le llevaría á su palacio... Debía tener palacio, puesto que era marqués... Tal vez, como en los cuentos de hadas, le adoptaría y le haría su heredero... Entonces, adios panadería, adios regaños y puñadas de Memmie Husson, adios fementidos aliñuerzos y mezquinas comidas de la señorita Constanza. A toda aquella gente se la dejaría en Juvigny; solo se haría una excepción en favor de la tía Sofia, que era siempre benigna y cariñosa para con Lorenzo y que le mimaba á escondidas...

Una serie de agudas campanadas partiendo de una torre próxima, vino á arrancar al niño de tan agradables ensueños, y todas aquellas quimeras se desbandaron como un grupo de mariposas azules ante una ráfaga de viento. Era la campana del colegio, que daba las ocho menos cuarto. En aquel mismo instante, abrióse la puerta de la panadería y entró la seño-

rita Sofia con una taza de leche caliente para su sobrino.

—Mira, Lorenzo, que ha sonado ya la campana—dijo—y apenas te queda tiempo para desayunarte y ponerte el calzado... Supongo que ya sabes las lecciones, ¿no es verdad?

Aquella era la triste realidad. El niño inclinó la cabeza sobre el libro... Ni siquiera había leído el capítulo del *que relativo*, y á todo tirar sabía media línea de la página del *Selecto*.

Púsose muy encendido, estuvo á pique de ahogarse al beber la leche, y reuniendo los libros, los metió en un cartapacio de badana y fué silenciosamente á calzarse unos gruesos zapatos cuya suela desaparecía literalmente bajo una compacta cubierta de tachuelas.

La señorita Sofia le puso por su mano la gorra y le dió un beso, recomendándole que tuviese juicio.

La tía Constanza, en chambra y con gorro de dormir, barría briosamente el taller, á donde no tardarían en llegar las oficialas y aprendizas. Se contentó con rozar su barba, sembrada de ásperas cerdas, en la mejilla de su sobrino, y le dijo al salir por la puerta:

—Sobre todo, mucho cuidado con las manchas de tinta, y no vayas á *granujear* con los chicuelos de la calle.

Lorenzo ni oyó siquiera esta prudente recomen-

dación, hondamente preocupado y sintiendo mortales angustias al pensar en las lecciones.

El vetusto colegio estaba situado á pocos pasos de la panadería; desde la plaza se veía el rectángulo formado por sus altas techumbres, y en uno de los ángulos su pequeño campanario en forma de apagador.

Aquella mañana hubiera deseado el niño que el colegio estuviera al otro extremo de la población y que no se llegase á él jamás. Así es que caminaba muy despacio, lo cual no fué obstáculo para que, pasados dos minutos, se encontrase bajo el abovedado pórtico, donde hormigueaba una multitud de turbulentos escolares.

Silencioso y con rostro huraño, se recostó en la pared y púsose á contemplar distraidamente los arabescos de las arcadas, entre los cuales se leía este distico latino:

*Stet domus hæc donec fluctus formica marinos Eibat, et totum testudo perambulet orbem* (1)

Muchas veces, antes de la apertura de las clases, habían llamado la atención de Lorenzo aquellos versos de una pedantería tan cándida, y se había preguntado á sí propio frecuentemente con curiosa marrullería, qué extraña figura podría hacer una hor-

(1) «Que esta casa permanezca en pié hasta que la hormiga haya bebido las aguas del mar y la tortuga dado la vuelta al mundo.»

miga bebiéndose las aguas del mar; pero aquella mañana la inscripción de Gil de Trèves le hacía el efecto de una de esas frases que se reproducen con molesta tenacidad en una pesadilla.

Pálido, sintiendo algún ligero calofrío en la espalda, repetía mentalmente: *Fluctus formica marinos...* Si al menos estas estrambóticas palabras hubieran podido trasformarse en fórmula cabalística para encantar ó magnetizar al profesor durante la recitación del *Selectæ*.

Sonaron las ocho, abrióse la gran puerta, y los alumnos fueron entrando, dos á dos, en el anchuroso patio rectangular rodeado por las arcadas, en forma de bóveda de un claustro. La clase de séptimo estaba á mano izquierda, en el ángulo del claustro, y cuando Lorenzo entró en ella con sus condiscípulos, hallábanse ya los internos sentados en sus bancos. La antigua estufa de chapa de hierro producía un sordo zumbido y esparcíase por la sala un ácre olor á pan quemado y á manzanas asadas, que denunciaba la clase de preparaciones culinarias á que se habían dedicado los internos mientras esperaban á su profesor. Este, con grave aspecto, barba corrida y gafas azules acababa de subir á la cátedra y hojeaba sus apuntes. Recitó rápidamente y farfullando la oración; acto continuo dió un golpe de plano con la regla en el borde del púlpito para imponer silencio y dió principio la recitación.

—A ver, el *Selectæ*—dijo en voz breve el profesor, que se llamaba M. Dordelu—comenzad, Husson!

Lorenzo, con el corazón oprimido, no se movió ni articuló palabra. No quería convencerse de que era su nombre el que se había pronunciado... Sentía que le zumbaban los oídos.

—¡Vamos! ¡vamos!—repitió impacientado el profesor.

Lorenzo abandonó muy despacio su sitio y fué á colocarse delante de la cátedra, cubierta de inscripciones y nombres de alumnos groseramente tallados á punta de navaja en la madera.

Su rostro, ordinariamente tan animado, estaba pálido y contraído; parecíale que se había encogido su cuerpo y sentíase como achicado dentro de su trajecillo deslucido.

Preciso es que el cabello de los niños esté alimentado de una vigorosa savia, para que no se vuelva blanco de repente en tan apurados trances.

No se atrevía el desdichado Lorenzo á desplegar sus labios, esperando todavía que un incidente milagroso viniera á salvarle, que se oyese en el patio la voz de ¡fuego! ó que el director enviase de pronto á llamar á M. Dordelu.

—¡Vamos!—repitió éste, blandiendo su regla;—¡estoy esperando!... *Maxima*...

Y Lorenzo, perdida la cabeza, fija la mirada en la punta de los zapatos, empezó á decir:

—*Maxima debetur*...

Y se detuvo con lágrimas en los ojos.

—¡*Puero reverantia!*—insinuó á su espalda una voz compasiva.

Lorenzo oyó mal y prosiguió:

—*Quero reverantia*...

—¡*Puero!*—le interrumpió ásperamente M. Dordelu—*Quero* sería una salvajada... continuad.

—No sé más, señor!—murmuró el desventurado, sintiendo que los sollozos se le agolpaban á la garganta.

—¡Cómo! ¿Qué habeis dicho?—exclamó exasperado M. Dordelu.—¡Vos, á quien me complacía en citar como modelo de aplicación! ¿Cómo no sabeis hoy las lecciones?

Los alumnos, que manifestaban cierta celosa ojeriza á Lorenzo porque era siempre el primero en la clase, cuchicheaban y reían á su espalda, y uno de ellos dijo en voz bastante alta para que pudiera ser oído:

—Es que estuvo anoche en el baile del prefecto.

Una carcajada general estalló en los bancos.

—Sí—añadió el malévolo é implacable chiquillo—mi madre le vió que estaba custodiando los abrigos con su tía en el guarda-ropa.

Y las risas menudeaban, en tanto que el desdichado Lorenzo, al pié de la tribuna, hacía sobrehumanos esfuerzos por tragarse las lágrimas, y estaba más encarnado que una amapola.

—¡Silencio!—gritó el profesor, golpeando sobre el púlpito.

Y luego, lanzando al niño una mirada friamente irónica:

—¡Hola! ¿con que vais al baile, Sr. Husson?... «¿Bailais? me alegro mucho...» Pues bien; empleareis el tiempo de recreo de las doce en aprender la lección y en copiar me veinte veces la regla: *Musica me juvat...* Ayunareis á pan seco y se avisará á vuestra familia que no os espere á cenar... Ahora podeis volver á vuestro sitio.

Lorenzo regresó á su banco, haciéndose gran violencia para no romper á llorar, en tanto que las pupilas y cuchufletas menudeaban en derredor suyo.

—Esos son los inconvenientes de los bailes de máscaras—cuchicheaba un vecino—¿Había refrescos en el vestuario?

—No—contestó otro;—los caballeros le daban dos sueldos por el trabajo de recojer las capas...

A las diez, Lorenzo se quedó solo, encerrado en la clase, y á las doce le llevaron un zoquete de pan y un jarro de hojadelata lleno de agua.

Allí pudo meditar á sus anchas sobre la amargura que traen consigo los días siguientes á las fiestas.

No era, para él, lo más severo del castigo el recargo de estudio ni el pan seco, sino el pensar que á las cuatro tendría que volver á casa, donde le esperaban

las reprimendas de la tía Constanza y la fria cólera del Sr. Husson.

Lejos de parecerle demasiado largo su encierro, hubiera deseado que aquella tarde no tuviese fin.

A las dos se reanudó la clase, y á medida que iban entrando los externos, restregando en el pavimento los enlodados piés y sacudiendo las gorras caladas por la lluvia, volvía hacia ellos Lorenzo el inquieto semblante, como si quisiera leer en sus ojos lo que había pasado en la panadería durante su ausencia. Su compañero más próximo le tocó con el codo, y le dijo al oído:

—Tu padre estaba á la puerta de tu casa cuando fué M. Dordelu á hablarle.. Te aseguro que no quisiera yo estar en tu pellejo cuando vuelvas esta tarde.

El niño se puso muy pálido. A medida que los ejercicios de la clase iban adelantando, sentía oprimirsele más y más el corazón.

Por fin dieron las cuatro; el agudo son de la campana anunció la salida; volvióse á abrir la puerta grande y precipitáronse fuera los externos con el alegre griterío de pájaros á quienes se abre la jaula.

El último que atravesó el pórtico fué Lorenzo.

Contempló con ojos amedrentados la Côte des-Prêtres, cuya pedregosa pendiente bajaban saltando alegremente los escolares y á cuyo extremo se veía la portada de la panadería de Husson; y de pronto, no considerándose aún suficientemente preparado para



arrostrar las iras que le aguardaban á su entrada, volvió la espalda á la casa y trepó rápidamente á la esplanadilla, desde donde se dominaba el colegio y una parte de la población baja.

Había cesado la lluvia y secado el viento las calles y caminos; prolongadas nubes grisáceas corrían por el horizonte rozando las colinas plantadas de viñedo, donde los haces de sarmiento salpicaban de manchas cenicientas la tierra ennegrecida.

Lorenzo aspiró el aire libre y formó la resolución de no entrar en su casa hasta la caída completa del día, figurándose que la oscuridad de la noche le daría más ánimo para deslizarse en el paterno establecimiento.

Echada la gorra sobre los ojos, con su cartapacio en bandolera que le iba azotando la espalda, caminaba arrimado á las paredes, evitando las calles concurridas y marchando con paso tan pronto precipitado como vacilante; inquieto y amedrentado como un perro perdido que va con la cola caída, se detiene para olfatear el viento y emprende de nuevo su carrera, rápido como una flecha.

Rodeó los barrios de la población alta, bajó á lo largo del sendero que desemboca en la vereda de Polval y llegó á los arrabales donde empalman, cerca del río, las calles de Strasburgo y de Metz. Detúvose un momento en el puente, contemplando melancólicamente correr el Ornain entre dos hileras de álamos.

Acababan de dar las cinco, y era todavía de día claro; al extremo de la doble fila de árboles, precisamente por encima del río, filtrábanse los oblicuos rayos del sol poniente entre las nubes, tiñendo de color sonrosado las copas de los álamos y reflejándose en forma de escamas doradas bajo los arcos del puente. Alegres gritos de niños se mezclaban al ruido de las paletas de las lavanderas y al sordo graznido de los patos.

En uno de los ribazos, que daba al mediodía, y que por esta razón era conocido con el nombre de *Estufa de los pobres*, jugaban al «tres en raya» algunos escolares, cuyas animadas voces llegaban distintamente á oídos de Lorenzo. Este tuvo miedo de ser descubierto y escapó por el lado de la calle de Strasburgo.

En el estado de ansiedad en que se hallaba, envidiaba la suerte de todas las personas que veía: el aflador ambulante haciendo girar su piedra á la esquina del puente; el acarreador sentado en la trasera de su pesado vehículo, con las piernas colgando; el partidor de piedras inclinado ante un montón de guijarros; todos le parecían más dichosos que él.

Cuando se vió en medio del campo, se detuvo en el declive de una zanja y se puso á meditar las consecuencias de su escapatoria. Era evidente, segurísimo, que en su casa le esperaba una severa corrección, porque ya sabía á qué atenerse respecto á la

crueldad de Memmie Husson, que le trataba más bien como amo que como padre.

Alguna vez se preguntaba, hablando consigo mismo, si no sería lo mejor de todo irse en derechura á casa de su elegante padrino. Recordaba perfectamente las señas que el mismo marqués le había dado, y preguntando á los transeuntes, le indicarían con toda seguridad el camino de las Isletas. En último extremo, pasaría la noche en casa de algun caritativo campesino, que no le negaría un asilo y un pedazo de pan... En los libros de cuentos que él había leído, siempre se encontraban almas piadosas de esta clase... Así podría llegar el día siguiente á la morada de su padrino, donde sería recibido como el hijo pródigo...

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando un ruido de campanillas y de chasquidos de látigo le hizo volver la cabeza, y vió llegar por el camino un convoy de carretas entoldadas de lona gris y tiradas por escuálidos matalones. Los carros se sucedían lentamente á la luz del crepúsculo; los caballos tiraban con aspecto fatigado, los carreteros juraban de una manera formidable, y por doquiera pululaban chiquillos medio desnudos, de pelo color de estopa. Eran emigrantes alemanes que caminaban al Havre á pequeñas jornadas.

Aquellas pobres gentes hicieron á Lorenzo el efecto de horribles bandidos y desvanecieron súbitamente

en su pensamiento toda idea de viaje. Figurábasele que le miraban de reojo y que se le señalaban unos á otros farfullando su jerga gutural. Entonces se acordó de las historias de niños robados por bohemios, tuvo miedo, y echó á correr por medio de los prados hasta llegar al arrabal.

Cuando entró en la población era ya de noche, se sentía cansadísimo, y su estómago experimentaba las torturas del hambre. No había más remedio que decidirse á regresar á la panadería, y adoptada esta resolución, se encaminó tristemente hacia la plaza de la Corona. Al doblar la esquina de la calle de los Judíos y descubrir la casa, empezó á latirle con fuerza el corazón, y la sola vista de la portada, detrás de cuya vidriera se distinguían confusamente las redondas hogazas y los botes de galleta, le quitó por completo el apetito.

Una vela de sebo colocada sobre el mostrador alumbraba débilmente la tienda, y una línea luminosa que se dibujaba en las ventanas de la planta baja, indicaba que las oficialas estaban aún en el taller. En aquel instante daban las siete menos cuarto en el reloj del colegio.

—Entraré á las siete en punto—murmuró Lorenzo, tratando de cobrar ánimos con esta resolución dilatoria.

Y se puso á caminar pegado á las paredes de las casas y mirando distraidamente por las rendijas de

las ventanas el interior de las habitaciones de la vecindad.

La tienda de ultramarinos estaba ámpliamente iluminada, ostentando en plena luz las balanzas y pesos de cobre, los pilones de azucar y las cajas de pasas. En casa del baratillero Lázaro estaban ya cenando, y se veían en rededor de la mesa, cubierta de hule, los rostros satisfechos de los niños, ocupados en devorar un plato de humeantes patatas.

Interrumpiendo el silencio de la plaza, dejáronse oír siete campanadas, que cayeron lentamente desde lo alto del reloj del colegio.

—¡Vamos allá!—dijo para sí.

Y sujetando el cartapacio que le golpeaba la espalda, cruzó la plaza, subió sin detenerse las cinco gradas de la escalera y empujó la puerta, cuya campanilla empezó á sonar con un estrépito lamentable.

La tía Constanza fué la primera que se presentó. En cuanto vió al niño, que se había quedado, pálido é inmóvil, cerca del mostrador:

—¡Ah!—dijo con su voz áspera y desapacible.— ¡Sois vos, grandísimo tuno?... ¡Adentro, en seguida!

Sus cinco dedos descarnados agarraron el brazo de Lorenzo, empujándole hasta la trastienda, donde el panadero, con blusa de lienzo crudo y gorro griego, estaba leyendo el periódico á la luz de un quinqué.

La aparición del delincuente y de la señorita Cons-

tanza interrumpieron bruscamente la lectura; púsose de codos sobre la mesa, ya dispuesta para la cena, se quitó los anteojos, que colocó metódicamente encima del periódico, y se puso á mirar de hito en hito á Lorenzo.

Hubo un instante de solemne silencio, durante el cual no se percibía otro ruido que el del hervor del agua en el escalfador colgado sobre el fogón. La tía Constanza, despues de soltar al culpable, fué á situarse majestuosamente cerca de su hermano.

—¿De dónde vienes?—preguntó por fin el panadero con tono tan frío, que no presagiaba nada bueno.

—Me han dejado encerrado—contestó de una manera evasiva Lorenzo.

—¿Por que?

—Porque no sabía la lección.

—¿Y sales ahora mismo del encierro?

—Sí... ahora... — balbuceó Lorenzo, que se turbaba y ponía cada vez más colorado.

—¡Desvergonzado, embustero!—exclamó la señorita Constanza, indignada y sin poder contenerse.— ¡Habeis salido á las cuatro con todos los demás!

—¡Calma, Constanza!—la interrumpió flemáticamente Husson.—A mí me corresponde darle su merecido.

Levantóse sin perder un ápice de su tranquilidad, y prosiguió:

—Es decir, que no contento con ser un haragan,

eres además un embustero, ¡mal bicho! Nos estamos aquí privando de todo para pagar las mensualidades del colegio, cuando no vales el pan que comes. ¡Debería castigarte por mi misma mano, tunante; pero temo dejarme arrebatar de mi cólera y darte algún golpe que le dejara señalado para toda tu vida... Constanza, bájale los calzones, aquí, á mi presencia, y adminístrale una buena azotina!

Aquello era para Lorenzo el colmo de la humillación, y hubiera preferido ser muerto á golpes por Memmie Husson. La puerta del taller se hallaba abierta y todas las oficialas iban á oír el bochornoso ruido del castigo que le amenazaba.

Ya la tía Constanza, cuya mano latía de impaciencia, se adelantaba con la manga regazada. El niño sentía sublevarse su orgullo ante la idea de semejante afrenta, y al sentir el contacto de los dedos de la señorita Constanza en sus ropas, se indignó, y con un vigoroso puñetazo, apartó el brazo de la vieja.

—¡Ah, pilló!—exclamó ésta. —¡Pues no tiene la osadía de levantarme la mano!

Memmie Husson se arrojó sobre Lorenzo.

—¡De rodillas, canalla!—le dijo. —¡A ver cómo pides perdón á tu tía!

Y como el niño se resistiese con terquedad, cogió una vara destinada á sacudir la ropa y comenzó á apalearle.

Los golpes arrancaron á Lorenzo un grito de dolor,

que hizo acudir á la señorita Sofía, la cual, al ver el rostro descompuesto de su sobrino, se puso sumamente pálida.

—¡Basta ya!—gritó á su hermano;—no quiero que se le maltrete, ¿lo entendéis?

—¿A qué te metes en eso?—replicó el panadero haciendo silbar la vara—El chico merece una corrección y no se irá sin ella... ¿tengo ó no tengo derechos sobre él?

—¿Y no podeis reprenderle sin abrumarle á golpes?

—Los animales *resabiados* no andan si no se les vapulea, y este pertenece á esa casta... ¿No sabes tan bien como yo que de un saco de carbón no se puede sacar harina blanca?... Pero yo le sacudiré el polvo de sus malas mañas con tanta destreza, que se las quitaré de encima.

Un nuevo estallido de la vara sobre el cuerpo del niño arrancó á este un quejido doloroso. Entonces Sofía se arrojó sobre su hermano, arrancó de sus garras á Lorenzo, á quien ahogaban los sollozos y le rodeó jadeante con sus brazos.

—¡Nadie le tocará más—exclamó en ademán de reto—ó tendrá que habérselas conmigo!

Abrió con una mano la puerta del patio, y sin dejar de oprimir contra su pecho al magullado sobrino, subió rápidamente la escalera y se encerró en el camaranchón del niño, á quien desnudó y metió en la cama. Cuando estuvo acostado, se arrodilló cerca de

30726

UNIVERSIDAD DE INDIANAS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO  
 BOWEN, ALBANY

él y le cubrió de besos. Lorenzo sintió entonces dilatarse el corazón, echó los brazos al cuello de la señorita Sofía, y por espacio de largo tiempo se confundieron las lágrimas y las caricias de entrambos.

—Consuélate, chiquitín—le dijo por fin la tía entre dos besos;—ten un poco de paciencia y cuando estén acostados te traeré de comer.

### III

A pesar del singular empeño que ponía Memmie Husson en rebajar á Lorenzo, llamándole á boca llena haragán y descuidado, es lo cierto que el niño demostraba excelentes disposiciones y figuraba entre los más aprovechados alumnos del colegio. Tenía inteligencia despejada, imaginación viva, gran memoria y notable aptitud y facilidad para el estudio. A más de cierta incipiente ambición, el deseo de sobreponerse y adquirir notoriedad le hacía apurar, sin pestañear, las amargas drogas de que suele estar saturada la copa de la ciencia clásica.

Era casi siempre el más aventajado de la clase, y contaba como fechas memorables y gloriosas etapas los días de adjudicación de premios.

Esta ceremonia se verificaba en el gran salón de la prefectura, adornado para el caso con banderas y

follaje. En el estrado, alrededor de la mesa atestada de libros y coronas, se hallaban los profesores, en traje oficial, y las autoridades de la población, mientras la anchurosa sala hormigueaba de gente, entre la que descollaban los padres y parientes de los alumnos, vestidos de día de fiesta. En los primeros bancos se exhibían las más hermosas damas de Jouvigny, y allá, al extremo, la música de la guardia nacional hacía estremecer la alta bóveda con los sonoros acordes de los instrumentos de cobre.

El sol de Agosto derramaba por las cuatro grandes ventanas guarnecidas de cortinas carmesíes una viva luz purpúrea sobre los fraques, los uniformes, los follajes y las caras atentas y curiosas de la muchedumbre.

Levantábase un profesor, con el cuaderno de los laureados en la mano, é iba proclamando en voz alta los premios. A cada nombre, soltaba la música sus armoniosas cataratas y la concurrencia sus calurosos aplausos.

Sentado en su banco, con el oído atento, inclinado el cuerpo hacia adelante, seguía Lorenzo, palpitándole fuertemente el corazón, la lectura del *palmaris*, y cuando, por fin, llegaba el profesor á la clase del niño, éste se ponía pálido y ni siquiera respiraba.

Oía de pronto proclamar su nombre; entonces saltaba por encima de los bancos, corría á recoger su premio y su corona, y en seguida, atravesando orgu-